

BOLETIN SALESIANO

Debemos ayudar á nuestros hermanos á fin de cooperar á la difusión de la verdad.

(III S. JUAN, 8).

Atiende á la buena lectura, á la exhortación y á la enseñanza.

(I TIMOTH. IV, 13).

Entre las cosas divinas la más divina es la de cooperar con Dios á la salvación de las almas.

(S. DIONISIO).

Un amor tierno hácia el prójimo es uno de los más grandes y excelentes dones, que la divina bondad puede hacer á los hombres.

(El Doct. S. FRANC. de Sales).



Cualquiera que reciba á un niño en mi nombre, recibe á mí mismo.

(MATH. XVIII).

Os recomiendo la niñez y la juventud; cultivad con grande empeño la educación cristiana; proporcionadles libros que enseñen a huir el vicio y á practicar la virtud.

(PIO IX).

Redoblad todas vuestras fuerzas para retraer á la niñez y juventud de las insidias de la corrupción y de la incredulidad y preparar de esta manera una nueva generación.

(LEON XIII).

—{DIRECCION en el Oratorio Salesiano — Calle Cottolengo N. 32, TURIN (Italia)}—

Sumario.

Laboremus.

Dos buenas noticias.

Noticias de nuestros Misioneros.

Noticias compendiadas.

Los verdaderos amigos del pueblo.

Historia del Oratorio de San Francisco de Sales.

LABOREMUS.

El trabajo es el gran precepto dado por Dios al hombre á las puertas del Edén: *In sudore vultus tui vesceris pane*. Ningún país ha dejado de conocerlo en el transcurso de diecinueve siglos. En los campos y ciudades, en montes y valles todos los hombres obedecen á la ley del trabajo. *In sudore vultus tui vesceris pane*, es el grito de las máquinas de los talleres, de los trenes y barcos de vapor, es el de la actividad humana en cualquier modo que se desarrolle; esto se lee en los monumentos de todos los tiempos, en los pergaminos y libros de las bibliotecas, en las telas y mármoles de los museos; esto se repite en el púlpito y en la escuela. Pero hoy es más necesario que

nunca el cumplimiento de esta ley: así lo exigen los intereses materiales, espirituales y eternos.

Nuestro Señor quiso alentarnos al trabajo con su propio ejemplo: pasaba las noches en oración y el día enseñando su santa doctrina á las gentes, sanando á los enfermos, convirtiendo á los pecadores, haciendo á todos el bien, sin darse descanso hasta morir en la cruz, aunque una sola palabra le habría bastado para que se cumpliera su divina voluntad.

Los Apóstoles, con el don de milagros y siendo templos vivos del Espíritu Santo, recorren provincias y naciones y trabajan infatigables para difundir el reino de Cristo.

Y regularmente los frutos corresponden al trabajo. Dios lo dice: Obtendrás el resplandor de mi luz, la lluvia de mi gracia y portentosa mies con el trabajo. La conversión de los pueblos corresponde, en verdad, á copiosísimos sudores. Si recordamos las grandes glorias de las órdenes religiosas, de las inmensas familias de santos, de aquellos conventos que fueron baluartes de la fe y santuarios de las letras y ciencias, prodigios de cultura, civilización y santidad, vemos allí las fatigas de sus fundadores é hijos. Santo

Tomás de Aquino, que muere á la edad de cuarenta y nueve años, nos deja diecisiete volúmenes in folio que admiran á los sabios. S. Francisco Javier predicando y bautizando recorre más vastos territorios que Alejandro y César. Un religioso que subió al pontificado, Sisto V, acostumbraba decir: « Es menester morir en pié. »

Actividad, celo, laboriosidad es lo que el precepto de Dios, la historia y el ejemplo de los Santos nos enseñan.

Hemos celebrado en estos días el aniversario de nuestro amado Fundador y Padre Don Bosco, y al mirar el féretro que suntuosamente adornado estaba bajo la cúpula majestuosa de la iglesia de María Auxiliadora, y al recordar el ejemplo, las enseñanzas, las exhortaciones de nuestro venerado Padre parecíanos oír la que tan á menudo y encarecidamente nos hacía: « Trabajad, trabajad, hijos míos. » *Trabajo, trabajo*, como eco de su vida fueron las palabras que nos dijo poco antes de morir. Sírvanos esto de aliento para continuar en el trabajo por excelencia de ganar almas para Dios.

Los enemigos de la iglesia y de Cristo Señor Nuestro no duermen empeñados en guerra satánica, no debemos tampoco nosotros dejar de combatir y trabajar por la defensa de la verdad.

Acción de los Cooperadores.

Particularizaremos ahora las obras que especialmente se recomiendan á los miembros de la *Pía Unión de Cooperadores Salesianos*:

1º Promover novenas, triduos, ejercicios espirituales é instrucciones de Catecismo, particularmente en los lugares más pobres y desamparados;

2º Siendo grande la escasez de sacerdotes y muchas las vocaciones que se pierden por falta de cultivo, es de suma importancia prestar ayuda á la educación de los jóvenes en quienes se manifiestan claros indicios de ser llamados por Dios al estado eclesiástico. Don Bosco instituyó con este fin la Obra de María Auxiliadora;

3º Fomentar la difusión de las buenas lecturas y esforzarse en que se evite la de malos libros y periódicos impíos;

4º Socorrer á los niños de uno y otro sexo que están en peligro, procurando recogerlos, instruirlos en la fe, aconse-

jarlos etc. Al que no pudiera hacerlo por sí mismo se le exhorta á animar para ello á algún pariente ó amigo en estado de poder prestar semejante servicio;

5º Concurrir con oraciones y limosnas.

Trabajo de cada uno según sus fuerzas.

No basta no hacer el mal sino que es aún menester hacer el bien. Detúvose Jesús un día ante una higuera y como la viera sin fruto la maldijo. En otra ocasión refirió la parábola de los talentos por medio de la cual condena severamente al servidor perezoso que ningún interés obtuvo del talento recibido. El cristiano debe, pues, cooperar al bien con todos los medios que posee. Dios más exige de quien más ha recibido; pero de todos exige lo que corresponde á sus fuerzas; y así debemos empeñarnos en que nuestro trabajo y caridad guarden proporción con los dones de Dios á fin de obtener el premio que reserva á sus buenos servidores: *Serve bone et fidelis, intra in gaudium Domini tui.*

DOS BUENAS NOTICIAS.

Tenemos el gusto de dar á nuestros buenos Cooperadores y Cooperadoras las siguientes:

Habiéndose reunido el 8 de mayo de 1890 los Obispos de Turín y de Vercelli bajo la presidencia de Su Eminencia el Cardenal Arzobispo Alimonda, Su Eminencia manifestó á los demás prelados su intención de comenzar próximamente el proceso sobre la vida, virtudes y milagros del Siervo de Dios Don Juan Bosco, nuestro venerado Fundador, á fin de preparar así la introducción de su causa de beatificación. La asamblea aprobó la idea unánimemente, el 4 de junio comenzóse, en consecuencia, el proceso en la forma canónica y muchas sesiones se han celebrado ya al objeto por el Tribunal eclesiástico constituido por Su Eminencia.

* * *

Por otra parte el Sr. Presbo. Don Miguel Rua, Superior General de la Pía

Sociedad Salesiana ha confiado al secretario y confidente de Don Bosco el encargo de componer una vida completa de nuestro amado Padre y de coleccionar al efecto todos los documentos útiles para la ejecución de tan delicado y precioso trabajo.

Séanos, por tanto, permitido suplicar á las personas que tuvieron relación directa ó indirecta con Don Bosco que tengan á bien

1° Rogar y pedir á otros que oren á María Auxiliadora para que la causa de su fiel siervo tenga el éxito que más convenga á la gloria de Dios;

2° Enviar cuanto antes relación exacta de lo que se juzgue de interés para la causa expresada. Nadie ignora que un nombre propio, una fecha, un insignificante detalle suelen ser de suma importancia y dar gran luz sobre un hecho ó avalorar su autoridad.

3° Enviar original (que será devuelto) ó copia de las cartas, billetes ú otros manuscritos dictados ó escritos en todo ó en parte ó que siquiera hayan sido firmados por Don Bosco.

4° Dar noticia de los escritos impresos ó manuscritos que aun de un modo privado han hablado del Siervo de Dios y de sus obras; y también de los opúsculos, artículos de diarios ó revistas que se hayan publicado en cualquiera lengua que sea.

Las comunicaciones serán recibidas con profundo reconocimiento por el sacerdote Don Juan Lemoyne, Oratorio Salesiano, Via Cottolengo 32, en Turín.

NOTICIAS DE NUESTROS MISIONEROS.

BRASIL

Visita del Ilmo. Sr. Cagliero
al Liceo del Sagrado Corazón de Jesús en San Pablo.

San Pablo, 20 de setiembre de 1890.

AMADÍSIMO Y VENERADO PADRE:

En la tarde del 3 de agosto tuvimos la suerte de que el Ilmo. Sr. Cagliero llegara á hacernos una visita desde cinco años muy esperada y deseada por nosotros. Varios de nuestros superiores, muchos Cooperadores Salesianos, algunos representantes del Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis, otros del Semi-

nario y de diversas comunidades, los miembros de la Conferencia de San Vicente de Paul, los RR. PP. Jesuítas con una porción distinguida de sus alumnos, nuestra banda de música y una inmensa muchedumbre de pueblo fueron á la estación á recibirle.

Luego que llegó en el tren fué saludado con la música y rodeado de sin número de personas deseosas de besarle el anillo y darle entusiasta bienvenida.

Su Ilustrísima, visiblemente conmovido, fué acompañado por la comitiva á la plaza de los Goganazes, poco distante de nuestra casa. Allí esperábanle los niños internos y externos del Liceo, formados en larga fila y un gran gentío que entre vivas y al son de la música le acompañaron hasta el colegio. Parecía la celebración del triunfo de un general romano en el Capitolio.

El recibimiento que se le hizo en el Liceo fué solemnísimo: iluminado estaba el grandioso pórtico por centenares de luces y adornado con festones y graciosas cenefas.

El Ilmo. Sr. Cagliero y nuestro inspector Don Lasagna, que llegó con él, tomaron asiento en los puestos de honor que les estaban preparados para asistir acompañados de excogida concurrencia á un acto literario musical con que se celebraba su visita.

Los niños leyeron en once idiomas hermosas composiciones en prosa y verso; tres Cooperadores pronunciaron breves, pero elocuentes discursos, la banda tocó los mejores trozos de nuestro repertorio y más de cien cantores, niños de nuestro colegio, entonaron admirablemente, con acompañamiento de la música instrumental, el grandioso himno que el mismo Ilmo. Sr. Cagliero había en otro tiempo compuesto en obsequio del venerando Don Bosco, y luego el magnífico coro de la *Esperanza*, de Rossini, y una graciosa serenata del maestro De Vecchi.

Despertábasele con ello á Su Ilustrísima los más dulces recuerdos del Oratorio de Turín y traíansele á la memoria los años de la niñez con sus encantos. Terminada la Academia Su Ilma. dió los más expresivos agradecimientos á los Salesianos, á los Cooperadores, á los niños, á todos los que tan bondadosa y cordialmente le acogían y con singular elocuencia hizo memoria de los tiempos en que treinta años antes tomaba parte activa en actos como éste celebrados en el Oratorio en honor de Don Bosco; habló del grande amor de Don Bosco á los niños, de ese amor sobrenatural que les dejó en herencia á sus hijos Salesianos, y del afecto especial con que los niños correspondían á Don Bosco. Sus palabras movieron profundamente los corazones de todo el auditorio, que las recordará con vivo placer como que parecían las de Don Bosco que por boca de su ilustre discípulo, hablaba en esta ocasión.

Fiesta de san Luis. — Siete Obispos honran nuestra casa con su presencia. — Fiesta de Primera Comunión.

La dominica siguiente, 10 de agosto, celebramos con la mayor solemnidad posible la fiesta del protector de la juventud, el Angélico san Luis Gonzaga. Jamás, fuera del Oratorio, he visto otra más conmovedora. La naturaleza nos favoreció con un día sin igual: las numerosas Comuniones, la gran concurrencia de fieles y bienhechores y la visita apreciable de siete Obispos contribuyeron á la grandiosidad de la fiesta y á hacerla memorable en los fastos de esta Casa. Celebró la misa conventual el Ilmo. Señor Obispo de Ceará, más de quinientas personas recibieron de su mano la sagrada Comunión y ciento quince de nuestros niños acercáronse por primera vez á recibir el pan de los Angeles. Siguió luego la misa del Ilmo. Sr. Pedro Lacerda obispo de Río Janeiro é insigne bienhechor de nuestras Casas del Brasil; pontificó el Ilmo. Sr. Cagliariero, hizo el panegírico del Santo el Ilmo. Sr. Obispo Silverio, coadjutor del de Mariana, dió la bendición con el Santísimo nuestro muy venerado Obispo diocesano el Ilmo. Sr. Obispo Lino, quien nos ama como un padre á sus hijos, y nos honraron con su presencia el Ilmo. Sr. Obispo coadjutor de Bahía y el Revmo. Sr. Antonio de Macedo Costa, Arzobispo y Primado de la Iglesia en el Brasil.

Cantóse por un coro de más de cien voces con acompañamiento de orquesta la famosa misa de san Miguel con el *Sanctus* y *Agnus* á tres voces del Ilmo. Sr. Cagliariero, y en la tarde la *Esperanza* de Rossini y el *Tantum ergo* pastoral, composiciones admirables. El Ilmo. Sr. Cagliariero pronunció ante numeroso auditorio una conferencia digna del mayor elogio. ¡Sea bendecido el Sagrado Corazón de Jesús por tanto consuelo!

Paseo á Ipiranga y á Itú.

El 12 de agosto, invitados por nuestro insigne Cooperador Dr. Don José Vicente Acevedo los niños de nuestro Colegio acompañaron al Ilmo. Sr. Cagliariero y á Don Lasagna en tranvía á Ipiranga, pintoresca colina que corona la ciudad, y muy célebre en la historia del Brasil, por haber Don Pedro I proclamado en la cima de aquella la independencia nacional el 7 de setiembre de 1822. La banda musical alegraba con sus acordes y atraía la atención del público que complacido observaba á aquella animada y entusiasta juventud.

En Ipiranga se está elevando un monumento patrio colosal, bajo la dirección del hábil arquitecto turinés, el caballero Bezzi, y que según se cree llegara á ser el primer

monumento de Sud América. El Sr. Don José Vicente Acevedo había formado el proyecto de edificar un colegio para las niñas pobres en las faldas de la mencionada colina, con el propósito de confiarlo en seguida á las Hermanas de María Auxiliadora. Para empezar la obra esperaba tan sólo el consentimiento del Ilmo. Sr. Cagliariero; obtenido ahora, se ha dado comienzo al trabajo y se espera que en febrero una parte de la fábrica podrá ya servir para establecer la escuela. ¡Oh, sí, vengan muy luego nuestras Hermanas á servir de ángeles tutelares donde tanta es la necesidad! Vengan á proteger á tantas almas esclavas de la ociosidad, de la ignorancia y el pecado y á inspirarles nobles y santos sentimientos que las santifiquen y salven.

Excusado me parece hablarle de la excelente recepción preparada en Ipiranga por nuestro amigo. Los niños gozaron como nunca y comieron con un apetito y alegría extraordinarios. El Ilmo. Sr. Cagliariero, Don Lasagna y yo visitamos el gran colegio de San Luis en Itú, dirigido por los Reverendos Padres de la Compañía de Jesús.

La recepción hecha allí á Su Ilustrísima fué cordialísima, con música y grandes manifestaciones de afecto. Uno de los alumnos expresó en nombre de todos sus compañeros los sentimientos de cariño y simpatía con que recibían la visita del Ilmo. Sr. Cagliariero; y Su Ilma. contestó en portuguez para agradecerles, y luego después de misa hablóles en buen español, lo que celebraron inmensamente.

Pequeño teatro. — Once Obispos lo enaltecen con su asistencia.

El 13 de agosto de 1890 será inolvidable en la historia del Liceo de S. Pablo y quizá en la de la Pía Sociedad. En dicho día para celebrar la venida del Ilmo. Sr. Cagliariero se representó el bellissimo drama del R. Padre Don Lemoyne, titulado *Juan el obrero*, con acompañamiento de orquesta, compuesto por el maestro De Vecchi, y la farsa *Los caracteres opuestos*. Transformáronse al efecto en teatro los talleres de carpintería, sastrería y zapatería, de 42 metros de largo por 10 1/2 de ancho y con capacidad para 1400 personas. Entre los numerosos invitados veíanse varios miembros de la Academia Nacional, doctores en letras, profesores de seminarios, párrocos, canónigos y señores de las más ilustres familias. En primera fila, formando semicírculo, estaban el Reverendísimo Señor Arzobispo Dr. Don Antonio Macedo Costa con nuestro Obispo salesiano y casi todos los Obispos del Brasil: los de San Pablo, Río Janeiro, Olinda, Ceará, Maranhao, Pará, Goyaz, Río Grande del Sud y el coadjutor del de Olinda, esto es, un arzobispo y diez

obispos en el teatro de los pobres hijos del pueblo, haciéndose pequeños con los pequeños y dando una prueba singular de estima á los Salesianos.

Es menester reconocerlo, el Sagrado Corazón, á quien está dedicado este Liceo, nos protege de un modo particular; así Él disponía que los Obispos del Brasil reunidos para tratar de los asuntos de alta importancia para los intereses de la Iglesia en el Brasil, se hallasen aquí precisamente en ocasión de nuestra fiesta.

El 15 de agosto, solemnidad de la Asunción de María, celebróse con toda pompa y ofrecióse otra representación dramática en honor del Ilmo. Sr. Cagliero y, á pesar del mal tiempo, favoreciéronnos cuatro Obispos con su visita y la concurrencia fué numerosísima. Cantóse el himno á cuatro voces *Strambotto y Speranza*, luego el *Marinero y el Zapatero* (composición del Ilmo. Sr. Cagliero) y se representó admirablemente el bellissimo drama *Las pistrinas*, de mi antiguo y muy querido director Don Juan Bautista Lemoyne.

Adiós del Ilmo. Sr. Cagliero.

Teniendo con nosotros al Ilmo. Sr. Cagliero y á nuestro Inspector Sr. Lasagna los días volaron rápidamente hasta llegar él de la separación.

El 16 de agosto, con gran sentimiento nuestro, dieron á la casa de San Pablo un tierno adiós y el 19 se hallaban en Nichey donde recibí una última bendición de Su Ilustrísima.

Su Ilustrísima se retiró lleno de profunda satisfacción y consuelo; nuestros Cooperadores animáronse más y más en su celo, aumentóse el número de ellos y nosotros nos sentimos mayormente obligados á trabajar por la gloria de Dios.

Honrosa invitación. — Progreso de los talleres.

Después de la partida del Ilmo. Sr. Cagliero hemos recibido una apreciable invitación.

El 31 de agosto como fueran consagrados los dos nuevos obispos de Cámaco y Encarpia y el Revmo. Sr. Macedo Costa recibiera el palio de Arzobispo nuestra banda tuvo el alto honor de ser invitada por los Prelados mismos, para que fuera á tocar en la catedral antes y después de la solemne ceremonia. Además el Sr. Obispo coadjutor del de Mariana nos distinguió con venir á celebrar su primera misa de pontifical en nuestro humilde santuario, y luego otros Obispos nos visitaron de nuevo y alentaron á los niños con elocuentes y preciosísimas exhortaciones.

Como Su Reverencia deseará sin duda tener noticia del progreso de nuestros talleres,

no terminaré ésta sin decirle que durante este año se han hecho mejoras de gran importancia: para la tipografía, que tenía dos máquinas, se ha traído otra más de la célebre fábrica de Augsburg en Alemania, y que quizá sea la mayor que haya llegado á San Pablo, y trájose de Magdeburgo un motor de gaz de fuerza de tres caballos, y que es uno de los más perfectos que en su género se conozcan. Se han impreso últimamente veinte mil ejemplares de la Carta Pastoral colectiva de los Obispos del Brasil. Los demás talleres han aumentado también su personal y maquinaria; y á la verdad es de gran consuelo pensar que donde hace cinco años no había más que un inculto campo ahora se levanta un gracioso santuario y alegran, con la actividad de numerosos oficiales y el rumor de las máquinas, magníficos talleres, que presentan comodidad para 200 niños internos y cerca de 300 externos, grandes salas, dormitorios, refectorios, patios etc. Al considerar el gran progreso obtenido en la piedad y el estudio, y en la música y demás artes ¿cómo no exclamar *Digitus Dei est hic?*

¡Ah sin duda que el mismo Don Bosco se complacerá en ver desde el cielo cuánto florece su Obra!

Dígnese, Revmo. Sr. Don Rua, bendecir esta casa á fin de que correspondiendo á las gracias del Señor podamos trabajar conforme á la mayor gloria de Dios y bien de las almas.

Con los sentimientos de mayor afecto, estimación y respeto soy su muy

Humilde hijo

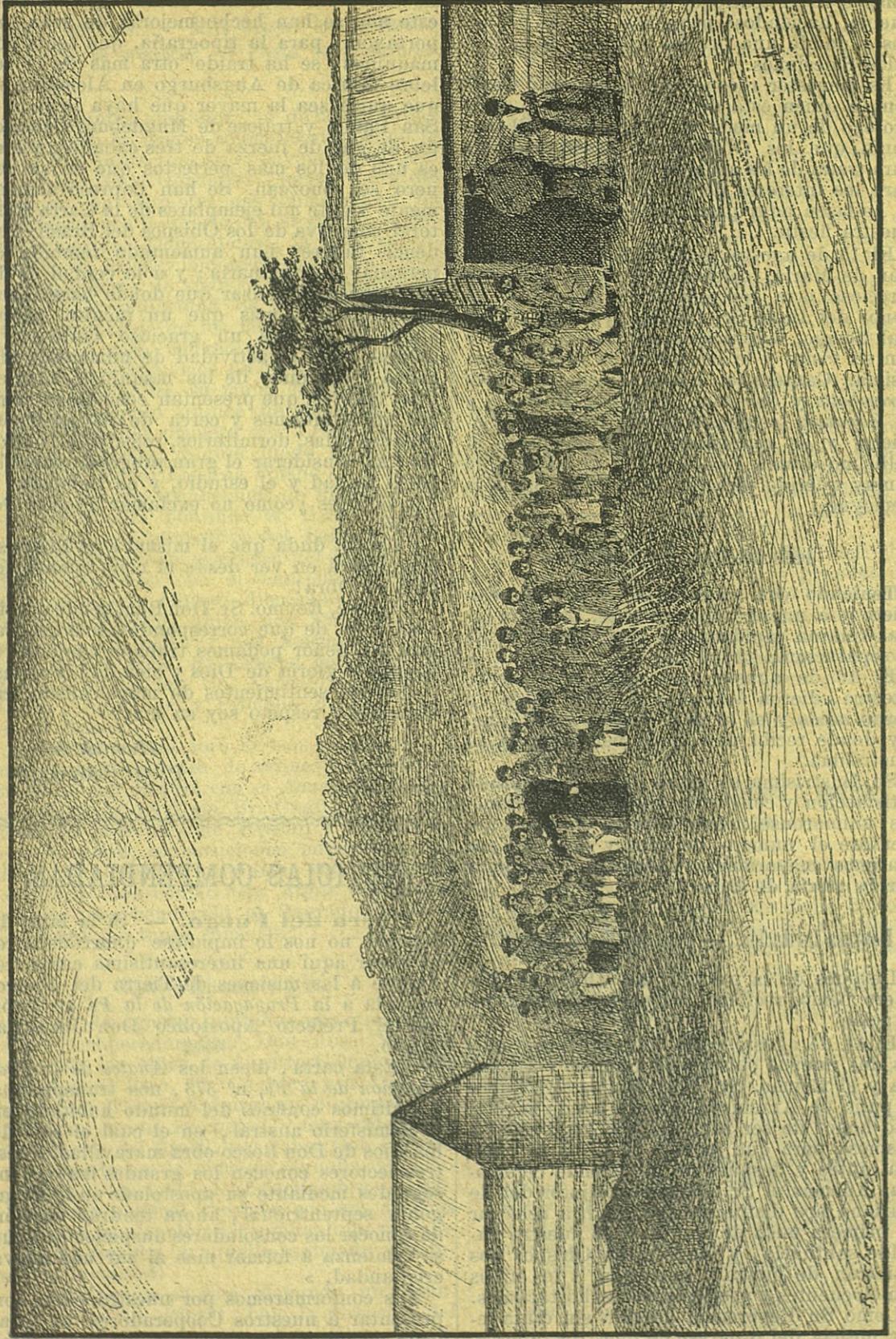
P. G. GIORDANI.

NOTICIAS COMPENDIADAS.

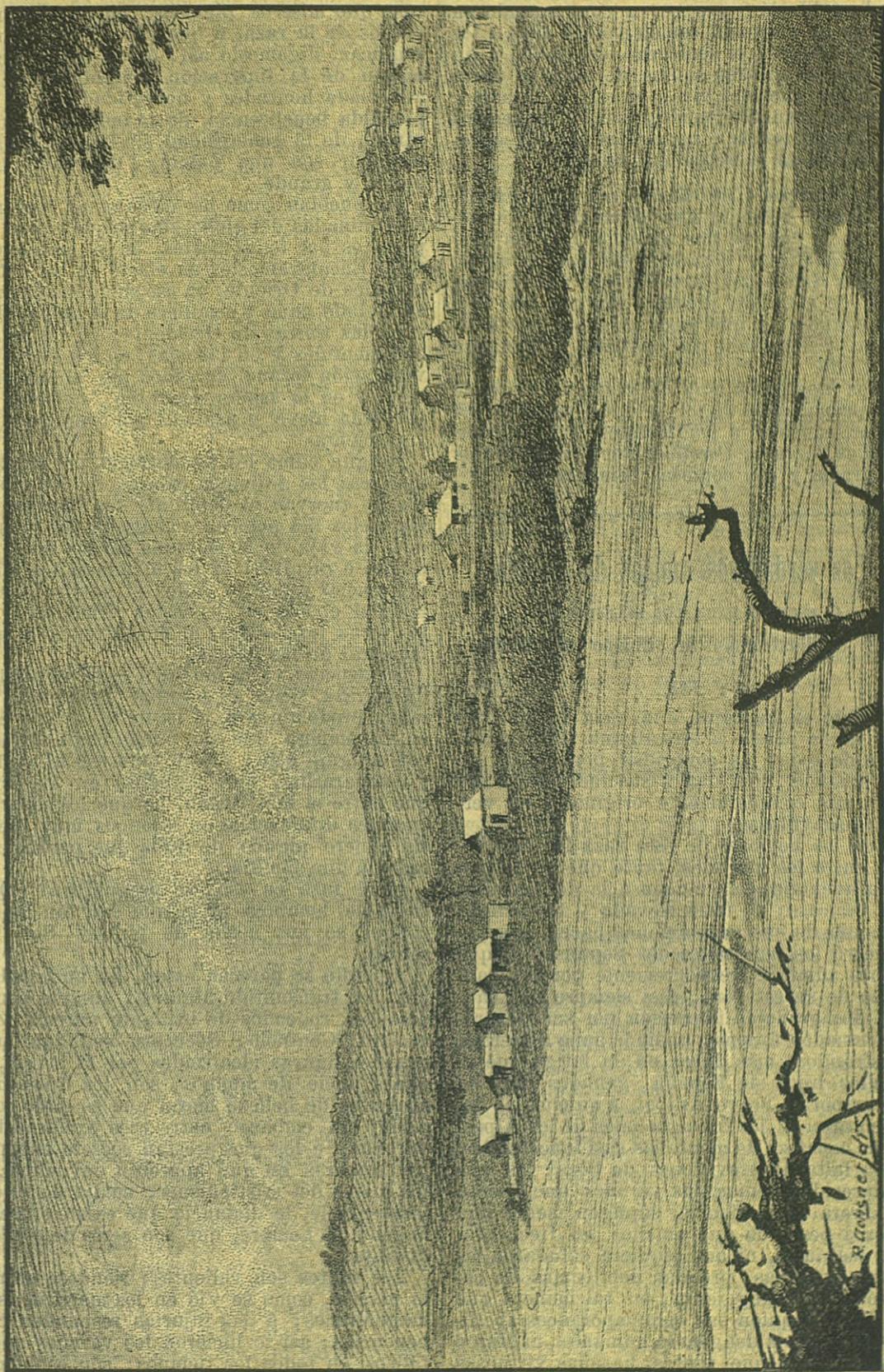
Tierra del Fuego. — Si la falta de espacio no nos lo impidiese querríamos reproducir aquí una interesantísima carta, referente á las misiones de Tierra del Fuego, enviada á la *Propagación de la Fé* en Lyon por el Prefecto Apostólico Don José Fagnano.

« Esta carta, dicen los *Anales de la Propagación de la Fé*, n.º 373, nos transporta á los últimos confines del mundo habitado en el hemisferio austral, en el cual el celo de los hijos de Don Bosco obra maravillas. Nuestros lectores conocen los grandes frutos conseguidos mediante su apostolado en la Patagonia septentrional, ahora tendrán ocasión de conocer los consoladores auspicios con que se comienza á formar más al sur una nueva cristiandad. »

Nos conformaremos por nuestra parte con presentar á nuestros Cooperadores un grabado en que se manifiestan los rudimentos



Grupo de Indios recogidos en la Tierra del Fuego y atendidos por la Misión Salesiana de San Rafael en la isla de Dawson.



Misión Salesiana de San Rafael en la isla de Dawson.

de la población que se va congregando en la isla de Dawson, cedida por 20 años á los Salesianos por el Gobierno de Chile, á fin de que los pobres indios de aquella tierra glacial y que aun viven en estado de mayor salvajez sean favorecidos con los beneficios de la civilización é instruidos con los conocimientos de la verdadera religión.

Lecturas Católicas en el Brasil.

— Hemos recibido una circular de Nietheroy en la cual se nos anuncia que las *Lecturas Católicas*, impresas allí en portuguez por los Salesianos, comenzaban á publicarse el 1° de enero del presente año con más lujo y elegancia, y que para regalo de los abonados se imprimía un bellissimo almanaque ilustrado.

Nos alegramos muy de veras del éxito de esa propaganda digna de todo encomio. El Señor consuele á los lectores é impresores de *Las Lecturas Católicas* con grandes frutos de gracia y con copiosas bendiciones.

Los verdaderos amigos del pueblo

ESCRITO PARA LOS SALESIANOS

por el Illustrísimo Sr. Obispo de Málaga.

III.

Existe en la tierra una raza de hombres que no se parece á otra alguna, distinguiéndose de todas las conocidas por rasgos característicos, que dan á sus individuos una fisonomía completamente original y en verdad maravillosa.

Son los hombres de esta raza los más bellos entre los mortales, tanto que su hermosura aventaja con mucho á la de los hijos del Cáucaso; su talla elevada y la perfecta armonía de sus proporciones hácenlos superiores á los habitantes del Septentrion, que si nos admiran frecuentemente por lo gigantesco de su estatura, casi siempre nos causan desagradable impresión por sus desproporcionadas formas: nadie le gana á fuertes, mostrándose más duros en la fatiga que aquellos hijos de España, ganados para su causa por el bravo Anibal, á quienes no desalentaron ni los fríos glaciales de los Alpes, ni la aspereza de montañas casi inaccesibles, ni la falta de provisiones de boca: los más esclarecidos genios, los varones que fueron lumbrera de la ciencia, supieron menos que ellos á pesar de que muchos no frecuentaron las aulas, ni aun siquiera saludaron las letras humanas: prendas nobilísimas de corazón los distinguieron, en tal manera que ni Tito, á quien sus contemporáneos apellidaron «delicia del género humano», ni Marco Aurelio, del que tantas hazañas virtuosas cuentan sus biógrafos, son á su lado otra

cosa que míseros pigmeos; en fin los individuos de la raza, á que nos referimos, personifican, digámoslo así, ó son como encarnación de la ilustración verdadera, de la acrisolada honradez y honestidad, de la espléndida beneficencia, de la indulgente tolerancia, de la generosidad sin límites, y para terminar con una palabra, de cuanto hay bueno y grande.

No pueblan como las otras razas, regiones determinadas del globo, sino se que hallan esparcidos por todas partes, en el mundo entero. Encontrámoslos en efecto en las extremidades de Oriente, en ese suelo justamente apellidado cuna y semillero de la humanidad y en las tierras de Occidente; en los países continentales y en las islas; en los llanos de vegetación lozana, surcados por anchurosos ríos, y en la áspera montaña, cubierta de perpetua nieve y azotada por ventisqueros y tormentas.

Ningún clima les es contrario, por ingrato que sea; los ardientes calores de los trópicos no enervan ni debilitan sus fuerzas, y los hielos del polo no amenguan su vivacidad: la vida de la montaña no los hace inciviles é incultos; ni los afeminan los aires del ameno y florido valle; el hábito de contemplar el mar en las costas tormentosas no los torna insensibles, ni misántropos el aislamiento de las aldeas.

Su aspecto varia mucho; cada individuo de la raza tiene su peculiar fisonomía, su matiz predominante, si es lícito decirlo así, en tal manera que no puede confundirsele con ningún otro; y con todo eso al verlos y compararlos, aun fijándose en los tipos que entre sí más distan, porque los separan enormes diferencias, se reconoce muy luego sin género alguno de duda que pertenecen todos á una familia.

¿Qué raza es esa, se preguntará? ¿Qué casta de hombres es la que con tan bellos colores se nos acaba de pintar? Son los santos.

A nadie se parecen estos. La antigüedad nos ha transmitido algunos, aunque pocos nombres, rodeados de brillante auréola. Zoroastro, Confucio, Sócrates, ved aquí tres grandes figuras idealizadas por la poesía, y que á juicio de muchos, son los tipos más acabados de belleza moral que es dado concebir; sin embargo entre esos esclarecidos varones, á los que prestan secreto encanto las sombras en que aparecen envueltos, y los justos del cristianismo, media distancia incalculable, la distancia que existe entre el ángel y el hombre, que son seres de especie distinta.

Los santos son valientes; riéndose sufren la muerte, como se vió en los mártires: son magnánimos; á las injurias responden con beneficios; así lo hicieron los varones apostólicos en todos los tiempos; son espléndidos; más vale dar que recibir fué siempre

su divisa: su desinterés no tiene límites; su generosidad tampoco: viven en humana carne, como si fuesen espíritus angélicos: andan por el mundo, envueltos en el confuso torbellino de sus acontecimientos, y ni aun se empolvan.

¿Quereis nombres en justificación de estos asertos? Leed las antiguas y las modernas historias de Inés y de Sebastián: de Anselmo y de Tomás de Cantorbery; de Juan de Dios y de Vicente de Paul: de Antonio el cenobita y de Macario: de Luis Gonzaga y de Juan Berkman: y quedareis encantados. Nada tan bello, y á veces tan sublime encontraréis, no ya en la historia, expresión de la realidad, sino aun en las fantásticas creaciones de la poesía profana.

Los santos viven en todas partes. La Iglesia, que se halla extendida por el mundo entero, ha realizado idénticas maravillas donde quiera que ha puesto su planta, y dotada de prodigiosa virtud para formar santos, no ha habido suelo tan ingrato, que en él no los haya hecho nacer. ¡Cuántos produjo esa tierra de Oriente, hoy exteriliada por el cisma! Allí brillaron los Atanasios y los Basilio: allí Pablo y Antonio, gigantes de la sociedad: allí Metodio y Cirilo... ¡Cuántos alumbraron como hermosos astros con sus esplendores el Occidente; Agustín, Gregorio, Ambrosio, Ignacio, José de Calasanz, Teresa de Jesús; magnífico catálogo podría formarse de ellos. Húbolos en el trono: húbolos en los ejércitos: húbolos en las asambleas de los sabios: húbolos en donde quiera. Ni aun las naciones más degradadas han dejado de tener sus santos: ¿No acaba de enviar al cielo la Jndo-China 30,000 mártires?

La unidad en la variedad y la variedad en la unidad es la marca que llevan las obras de Dios. En todos los órdenes de seres se observa el mismo hecho. Una, dice S. Pablo, es la claridad del sol y otra la de la luna: cada estrella se diferencia de las otras en su resplandor; y sin embargo el sol, la luna y las estrellas se identifican bajo cierto aspecto, formando la inmensa familia de los cuerpos celestes, que cantan la gloria de Dios, según el Profeta.

Si del cielo bajamos á la tierra notaremos lo propio: entre la gigante palmera y el tamariz, que ambos viven en el desierto; entre el ciprés y el sauce, uno y otro árboles funerarios; entre la encina vigorosa y corpulenta y la yedra; entre el plátano y el rosal, que acaso crece á su pié, hay marcadísimas diferencias, y sin embargo es imposible á cualquiera que tenga sentido común desconocer que la palmera y el ciprés y la encina y el plátano, lo mismo que el tamariz y el sauce y la yedra y el rosal constituyen la gran familia de los vegetales.

En todas las obras divinas hallamos esa rúbrica, esa firma, y de la universal regla

no se han separado los santos: mientras que Pablo se multiplica y recorre incansable reinos y provincias, Dositéo no sale del recinto de su monasterio: en tanto que Cirilo pelea con los herejes de su tiempo y Gregorio con los de su época, Escolástica gime y suspira en el claustro. Fernando III riñe las batallas del Señor con las armas, é Isidro trabaja los campos de un amo á quien sirve en la comarca de Madrid. Francisco de Borja predica, Diego de Alcalá, Estanislao y mil otros ni predicán ni enseñan; Francisco de Asis brilla por la humildad, Luis Gonzaga resplandece por la pureza, Javier por el celo, Pedro de Alcántara por la penitencia, Pascual es el santo de la Eucaristía, Bernardo el de la Santísima Virgen.... en fin para que más? La historia nos muestra como cada uno de los santos ha seguido su camino, y tenido su don. Al modo que en los días de la primavera el suelo se presenta cubierto de inmensa muchedumbre de flores, de mil matices y formas, que exhalan aromas diferentes, así el campo de la Iglesia aparece ante nuestros ojos embellecido con la variedad maravillosa de las múltiples virtudes de sus santos.

No obstante cuando miramos despacio á los santos, venimos en conocimiento de que todos son uno, porque en medio de la diversidad de sus perfecciones ostentan los atributos de hijos de Dios y ciudadanos del cielo, conviniendo unánimes en despreciar el mundo y buscar en el Altísimo su gozo y su consuelo.

(Se continuará).

HISTORIA DEL ORATORIO DE SAN FRANCISCO DE SALES

CAPÍTULO XXVIII.

Ejercicios espirituales en Giaveno. — El mercader y los monos. — Visita á San Miguel. — Vuelta á Turín.

De los ejercicios militares y asalto al huerto pasamos á hablar de los Ejercicios espirituales y batallas contra el demonio.

En setiembre de 1850 Don Bosco nos llevó á pasar una semana de santo retiro en el seminario de Giaveno en tiempo que los seminaristas habían salido á vacaciones. Los que estudiábamos en el Oratorio y buen número de niños que estudiaban en las casas de Don Bosco, que pudieron obtener permiso de sus padres, hicimos alegremente el camino á pié, cantando morales canciones y alabanzas y sirviéndonos de guía Don Roberto Murialdo. Don Bosco, ya para prepararnos la comida en Avigliana, ya para acompañar á algunos de nuestros colegas que no podían hacer el viaje á pié, se fué en coche. Nos detuvimos en Avigliana para

hacer nuestra comida con un apetito tan grande como nuestro contento.

Tuvimos entonces la suerte de estrechar amistad con el piadoso y caritativo sacerdote Don Víctor Alasonatti, quien desde aquel día concibió tal estima por el Oratorio y tan entrañable amor á Don Bosco que no mucho después vino á sacrificar su vida en compañía de nuestro buen Padre y á servir de prefecto, ecónomo y segundo padre hasta su muerte.

Para los gastos necesarios en esta circunstancia había obtenido Don Bosco un subsidio de la Obra de San Pablo. Los predicadores fueron el canónigo Arduino, arcipreste de la iglesia colegiata de Giaveno, eclesiástico de gran doctrina y celo, y Don Bosco. Ayudábales á confesar el estimable teólogo Don Roberto Murialdo, director del Oratorio del Santo Angel Custodio.

A fin de que tan piadoso ejercicio fuese útil á mayor número de personas se permitió tomar parte en él aun á los niños del país, y así grande fué el bien reportado.

Don Bosco trabajaba con un ardor indecible. Aun en los recreos estaba siempre con nosotros é interrogaba, ora á uno, ora á otro sobre los puntos de la predicación y los consejos más importantes. Una mañana había predicado sobre el escándalo: en la recreación siguiente, rodeado de niños, pregunta ya á éste, ya á aquél, sobre la materia predicada. Nadie sabía dar satisfactoria respuesta. ¡Ah! pobre de mí, exclamó Don Bosco: ó yo he hablado en griego, ó vosotros habéis dormido. Entonces un chico dice: — Yo, yo me acuerdo. — ¿De qué te acuerdas? — Me acuerdo del ejemplo del mercader y los monos.

El cuento, á modo de semejanza había sido el siguiente: Un mercachifle viajaba llevando al hombro sus mercancías de uno á otro país. En cierta ocasión sorprendióle la noche antes de llegar á una ciudad. Era verano: el cielo estaba estrellado y la luna alumbraba hermosísima. Cansado el viajero resolvióse á reposar bajo las ramas de un árbol gigantesco. Para repararse la cabeza de la humedad de la noche sacó de la caja de mercancías un gorro blanco, de los que llevaba en gran número, se lo metió en la cabeza hasta las orejas y se echó á dormir. Era aquella una región abundante de monos y dicho árbol estaba poblado de tales habitantes. Éstos al ver cómo el mercachifle se había puesto un gorro quisieron imitarle. ¿Qué hacen? Viene uno, se acerca despacito á la caja de mercancías, toma un gorro, se lo pone en la cabeza y sube al árbol. Entonces todos, unos después de otros, siguen el ejemplo hasta que no queda ni un gorro. El comerciante dormía á pierna suelta: los monos con gorros por primera vez de su vida dormían como príncipes.

Al venir la aurora, levántase el merca-

chifle para continuar su viaje; pero ¿cuál no sería su sorpresa al observar que habían desaparecido todos los gorros? ¡Ay de mí! exclamó, aquí han venido ladrones. Estoy perdido. Mas luego con más reflexión dice: no, si hubiesen sido ladrones me lo hubiesen robado todo, en tanto que sólo faltan los gorros. Esto no se comprende. Alza entonces casualmente los ojos al cielo y ve una cantidad de monos con sendos gorros.

¡Ah!, grita, éstos han sido los ladrones y para obligarlos á dejar los gorros se pone á tirarles piedras. Pero los monos saltando de una rama á otra no cedían un punto. Después de largo tiempo de inútiles esfuerzos, el mercachifle como desesperado se lleva la mano al gorro que tenía puesto y lo arroja en tierra. Los monos que ven ésto, hacen lo mismo y en un abrir de ojos desde lo alto del árbol cae una lluvia de gorros sobre el afanado mercante.

Los niños, había concluido Don Bosco, se conducen en cierto modo como los monos: si ven á otros hacer el bien, lo hacen á su vez: si ven hacer el mal, lo imitan con mayor presteza. De aquí la necesidad de presentarles á la vista buenos y edificantes ejemplos para que se alejen cuanto sea posible del mal.

Viendo Don Bosco que de cuanto en la predicación había dicho apenas se recordaba alguna historia, puso gran cuidado en contar ejemplos y usar de semejanzas en sus instrucciones. Con este medio consiguió mucho para instruir á los niños y moverles el corazón.

En premio de nuestra docilidad y, para nuestro recreo, al día siguiente de terminarse los ejercicios Don Bosco nos llevó á paseo al santuario de San Miguel, á donde nos acompañó la banda de música de Giaveno. Fué aquel un día delicioso. Nuestro caro Padre cabalgaba sobre un asno y nosotros rodándole, ora nos divertíamos con el animal, ora cantábamos aquella canción, que nos era tan familiar:

*Viva Don Bosco,
Che ci conduce
Sempre alla luce
Della virtù,
Che in lui men lucida
Giammai non fu.*

Pero Don Bosco, variando el primer verso cantaba: *Viva Roberto*, enderezando la alabanza al teólogo Don Murialdo. De tiempo, en tiempo pasando por las orillas del precioso lago nos deteníamos para tomar descanso en tanto que la música retumbaba con poderoso eco en las montañas. Al oír tan insólita melodía todos los pajarillos saliendo de sus nidos, saltaban de rama en rama, los pastores y labriegos venían á nosotros para escuchar y hasta el asno parecía con las orejas y su andar llevar el compás de la banda. Eran escenas de indecible regocijo.

Al llegar á nuestro alojamiento fuimos recibidos con gran cariño por los Padres Rosminianos que administraban aquel célebre santuario. Visitamos la iglesia, la casa y sus recuerdos. Don Bosco nos refería todo lo que podía interesarnos.

Mas aunque todo lo que veíamos nos llamaba en extremo la atención otra preocupación nos venía á la mente. A eso del medio día, á consecuencia del paseo y del aire puro y sutilísimo que respirábamos, nuestro apetito era hambre rabiosa. Nos parecía que la comida tardaba un año y mientras visitábamos las curiosidades con ojo ávido mirábamos hacia el refectorio. Por fin llegó la hora deseada y aunque no todos éramos músicos comimos con un apetito musical.

No teniendo cómo expresar nuestro agradecimiento á nuestros bienhechores nos conformábamos con cantar y tocar; y si grande era nuestro contento, no menor era el de los buenos religiosos que nos atendían con exquisita caridad. Después de la comida y recreo pasamos á cantar las letanías á la iglesia y recibir la bendición del Santísimo.

Así invocada la protección del cielo se dió de nuevo lugar á la música, y expresado el mayor agradecimiento á los religiosos de aquel santuario, provistos de pan, fruta etc., volvimos á Turín.

Al llegar á San Ambrosio hicimos alto: se tocó la música y entre vivas y gran fiesta nos dimos el adios los de Giaveno y de Turín para continuar cada uno camino á su casa.

Don Bosco y Don Murialdo nos entretenían durante nuestra marcha con hermosas historias. Como recuerdo de los santos Ejercicios recomendáronnos entonces rezar cada día un *Ave María* para que ninguno de los que habíamos tomado parte en aquellos cayese en el infierno. ¡Oh, con qué placer, nos decían, haremos deliciosos paseos en el Paraíso!

Cuando llegamos á Rívoli era ya de noche: la mayor parte estábamos cansados y era menester andar aun como 12 kilómetros para llegar á Turín. Don Bosco buscó ómnibus para que todos pudiéramos venir cómodamente; pero éstos no bastaron y como veinte niños debieron resignarse á continuar viaje á pié.

Entonces Don Bosco llamó á uno de sus auxiliares y le dió dinero necesario para restaurarlos con una buena cena antes de continuar la marcha. Con esto se les aumentó el vigor y ánimo y continuaron caminando. Para disipar el temor y el sueño se ocurrió á una música de nuevo genero. Cada niño valiéndose de dos piedras las hacía sonar al compás del canto.

Conforme al consejo de Don Bosco: *Servite Domino in laetitia*, la animación no decayó, y á las once de la noche todos estábamos en el Oratorio.

CAPÍTULO XXIX.

Compra de la casa de Pinardi. — Visible manifestación de la divina Providencia. — Destrucción de un burdel. — El Oratorio en paz.

El alquiler de toda la casa de Pinardi, aunque imponía gran sacrificio á Don Bosco, había producido gran ventaja moral para el Oratorio. Mas no era eso bastante para nuestra tranquilidad. Los que antes habían tenido allí sus conventículos no podían conformarse con la transformación debida á un sacerdote. Uno propuso al señor Pinardi tomarle en arriendo la casa por un valor casi doble que lo que pagaba Don Bosco; pero aquel honrado señor no quiso faltar á su palabra y aun como buen cristiano, celebrando muy de veras que su casa sirviese para una santa obra, varias veces había expresado el deseo de venderla á este fin; mas, sea por cariño que le tuviera ó por necesitar dinero, pedía nada menos que ochenta mil pesetas, sin que á la verdad pudiera valer más de veinticinco á treinta mil. Don Bosco estaba, pues, muy léjos de proyectar comprarla; no obstante á principios de 1851 Dios manifestó cómo era dueño de los corazones y destinaba aquel sitio para nuestro Oratorio. El caso ocurrió del modo siguiente:

Era como el mediodía de un día festivo. Los niños se hallaban en la capilla; predicaba el señor Borelli, y Don Bosco, á fin de impedir desorden con la venida de los niños que continuaban llegando, estaba á la puerta del patio. En tal circunstancia el señor Pinardi se presenta á Don Bosco y en tono de chanza le dice:

— Don Bosco, ¿no querría Ud. comprar mi casa?

— Dispuesto estaría á ello, si Ud. me la ofreciese por un precio razonable.

— Se la ofrezco por lo que vale.

— ¿Cuánto?

— Ochenta mil pesetas.

— Entonces no hay para que hablar.

— Ofrezca, ofrezca Ud.

— No puedo.

— ¿Por qué?

— Porque el precio es demasiado alto y no querría ofenderle con mi propuesta.

— ¡Oh no, ofrezca lo que guste!

— En el mes pasado yo la he hecho estimar por un amigo de Ud. quien me aseguró que en el estado actual no vale más de veintiseis á veintiocho mil pesetas; yo le ofrezco treinta mil.

— ¿Regalaría unas 500 pesetas más para alfileres de mi mujer?

— Haría el regalo.

— ¿Me pagaría de contado?

— Le pagaría cuando Ud. guste.

— Bien ¿entre quince días?

— Entre quince días.

— ¿Cien mil pesetas quien se desdiga?
— Aceptado.

El asunto quedó terminado en cinco minutos. ¿Pero dónde conseguir treinta mil pesetas en tan breve tiempo? Don Bosco y su madre se habían ya desprendido de cuanto tenían para darlo á los niños; mas Dios que había comenzado la obra y que no abandona á sus siervos mandó lo necesario para el objeto.

El caso fué harto providencial.

Habíase retirado el señor Pinardi cuando á poco llega Don José Cafasso, uno de los mejores amigos de Don Bosco y más insignes bienhechores del Oratorio. No acostumbraba aquel dignísimo sacerdote visitarle en día de fiesta, como que sus muchas ocupaciones en la iglesia de S. Francisco de Asís, de la cual era rector, difícilmente se lo permitían.

— He venido á darle una buena noticia, le dijo: una piadosa señora (la condesa Casazza Riccardi) me ha encargado le traiga diez mil pesetas para que Ud. las emplee en lo que crea más conveniente para la gloria de Dios.

— *Deo gratias*, contestóle Don Bosco: vienen como el queso sobre los macarrones; y le refirió cómo, hecho el convenio de compra venta con el Sr. Pinardi, comenzaba á idear la manera de hallar el dinero.

Ambos sacerdotes vieron en lo que ocurría la mano de Dios.

Faltaban empero aún veintemil pesetas; y he aquí cómo las envió el Señor: Al día siguiente llegó á Turín un padre Rosminiano á pedir consejo á Don Bosco sobre la colocación de veinte mil pesetas.

— Dios es quien os envía, le dijo Don Bosco, y explicado el motivo consiguió que en mutuo sobre la casa del señor Pinardi le dejase aquella suma. Así en menos de veinticuatro horas tenía Don Bosco en mano treinta mil liras. Necesitábanse tan solo tres mil más para el regalo de alfileres y escritura de compraventa, y proporcionólas el Comendador Don José Cotta, en cuyo banco se firmó la escritura el 19 de febrero de 1851.

Como se vé en tal ocasión tuvo D. Bosco una nueva prueba del favor que la divina Providencia dispensaba á su Obra, y así aumentóse su confianza en que no habría de desampararle jamás en lo porvenir. Creemos que esta ilimitada confianza, este convencimiento tan profundo, no desmentido en más de 40 años, haya sido una de las causas que mejor explican la laboriosidad de D. Bosco. El mundo mismo que á veces le consideró audaz y hasta temerario en sus empresas vióse obligado en vista del éxito á llamarle un *hombre providencial*.

Otra obra importante debía en aquel año llevarse á cabo para bien de nuestro Oratorio; esto es, la destrucción de un burdel existente á un paso de nuestra casa. Llamá-

base *La Jardinera*; y á ella acudían particularmente los días festivos una cantidad de jugadores, bebedores y gente non sancta. Organillos, pitos, flautas, clarinetes, violines, bajos y contrabajos metían un bullicio indecible todo el día domingo; y ocurrió á veces que los cantores de nuestra capilla quedaban casi confundidos y sofocados con aquella música.

Representábanse á lo vivo por una parte los hijos del siglo y por otra los de la luz, la ciudad del diablo y la de Dios. D. Bosco, para borrar la mala impresión que aquellas bacanales pudieran despertar en nuestro ánimo, recordábanos con frecuencia las palabras del Evangelio: El mundo se regocijará y vosotros estaréis en la tristeza; pero animaos que vuestra tristeza se convertirá en alegría: *Mundus gaudebit; vos autem contristabimini; sed tristitia vestra vertetur in gaudium*. A veces se presentaba él mismo al burdel para rogar encarecidamente que no se produjera tanto ruido, al menos durante las sagradas funciones, y su petición era tan suave é insinuante que aquella gente acostumbra á dar rienda suelta á sus pasiones y á no guardar consideración alguna, le complacía y respetaba.

Mas necesario era que tamaños desórdenes cesasen por completo y para ello debía apartarse la causa. Don Bosco quiso, pues, comprar esa casa; pero como la propietaria no quisiera venderla, le pidió que se la arrendara. No fué posible obtenerla sin comprar todo el ajuar existente y hasta los útiles de la cantina y hostería. Don Bosco, confiando en la divina Providencia no reparó en semejante dificultad, y obtenido su deseo subarrendó en seguida la misma casa á una persona tranquila y honrada.

De este modo, destruída aquella fuente de corrupción, el Oratorio quedó triunfante del diablo.

En aquel mismo sitio de maldad hoy existen dos iglesias: la de San Francisco de Sales y la de María Auxiliadora.

(Se continuará.)

